

Había una vez un niño llamado Diego que vivía en un pequeño pueblo llamado Pinoso. La Navidad era su época favorita del año, llena de alegría, luces parpadeantes y la promesa de regalos. Pero este año, algo triste oscurecía su corazón. Diego tenía un fiel compañero, su perro Max, pero la noche anterior a la Navidad, Max desapareció.

Diego buscó a su amigo peludo por todas partes, recorriendo el pueblo y llamando su nombre una y otra vez. Pero Max no regresaba. El niño volvió a casa, con el corazón destrozado y lágrimas en los ojos, mientras la noche de Nochebuena avanzaba. Lo había recogido de la calle cuando era un cachorro y habían estado juntos durante años. Hasta dormían juntos.

La familia de Diego se preocupó por él al verlo tan triste y abatido. Todos se sentaron alrededor del árbol de Navidad, con regalos brillantemente envueltos debajo, pero el ánimo de Diego estaba por los suelos.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó su madre, con preocupación en sus ojos.

—Max, mamá, Max ha desaparecido —contestó Diego con la voz temblorosa—. No puedo pensar en nada más, quiero que vuelva a casa.

Su padre lo abrazó y le prometió que seguirían buscando a Max por la mañana. Diego asintió con tristeza, pero no podía evitar sentir que la magia de la Navidad se había desvanecido para siempre.

Esa noche, después de que todos se fueron a la cama, Diego se sentó en la ventana de su habitación. Miró al cielo estrellado y se le ocurrió una idea. Recordó todas las películas y cuentos que había escuchado sobre Papá Noel, el hombre que traía regalos a los niños de todo el mundo. Pero ¿y si Papá Noel pudiera hacer algo más que eso?

Diego decidió escribir una carta a Papá Noel. En ella, explicó que no quería ningún regalo, no necesitaba juguetes ni dulces. Lo único que quería era que Max volviera a casa sano y salvo. Con lágrimas cayendo sobre el papel, escribió su carta con el deseo más profundo de su corazón.

Después de escribir la carta, Diego la dejó en la ventana con la esperanza de que Papá Noel la encontrara. Con un suspiro y un último vistazo al cielo estrellado, se acurrucó en su cama y cerró los ojos.

La mañana de Navidad, Diego se despertó temprano. Corrió hacia la ventana y, para

su sorpresa, la carta que había dejado la noche anterior ya no estaba. Un escalofrío de emoción recorrió su espalda. ¿Habría llegado su mensaje a Papá Noel? ¿O simplemente, la carta se la llevó el viento?

Bajó corriendo las escaleras y encontró a su familia alrededor del árbol de Navidad. Estaban a punto de abrir los regalos, pero Diego no podía concentrarse en los paquetes envueltos con hermosos lazos, pero no quería que su familia se pusiera triste por él y empezó a abrir sus regalos con desgana.

Justo cuando estaba a punto de abrir el regalo que su abuela le había dado, un sonido familiar le hizo dar un respingo. Era el sonido de unas uñas de perro en el suelo de madera. Diego se dio la vuelta y no pudo creer lo que veía.

Max estaba allí, de pie junto al árbol de Navidad, moviendo la cola con alegría y ladrando de emoción. Diego se abalanzó sobre su perro, abrazándolo con fuerza. Las lágrimas de felicidad llenaron sus ojos mientras le hablaba a Max.

—¡Estás de vuelta! ¡Papá Noel te trajo de regreso!

La familia de Diego observaba con asombro la escena. Habían encontrado a Max a las afueras del pueblo, cerca del bosque, y lo habían traído de vuelta antes de que el niño se levantara. Nadie sabía quién había traído a Max, pero Diego sí que lo sabía. La Navidad había vuelto a llenar de alegría sus corazones.

Esa mañana, Diego abrió sus regalos con gratitud y alegría, sabiendo que el mejor regalo de todos ya lo tenía: a Max, su fiel amigo de cuatro patas.

La familia celebró la Navidad con risas y cariño, con la certeza de que los verdaderos milagros de la Navidad eran el amor, la esperanza y la generosidad.